

## ARTE Y OFICIO DEL CORRECTOR

*Heber Raviolo*

Cuando en 1961 surgió Banda Oriental, las viejas editoriales o ya no existían o eran poco más que simples sellos. Es el caso de Barreiro o Claudio García, por ejemplo. En el caso de Banda, teníamos alguna experiencia previa: algunos de nosotros habíamos publicado durante cinco o seis números una revista de la FEUU y yo en particular había sido colaborador del grupo de la revista *Asir*. El primer libro que corregí fue *El poeta*, de Washington Benavides, del año 1959, una edición realizada en el sótano que la Comunidad del Sur tenía en la calle Tacuarembó, frente al hoy demolido Barrio Reus al Sur, el barrio Ansina.

Con estos prolegómenos estoy dando a entender que mi labor como corrector fue totalmente improvisada, sin cartilla y sin maestros, aunque, en realidad, algunos linotipistas de vieja escuela que trabajaban con Carroccio o con Deponti y Mañana y algunos otros talleres de linotipia, como el de Avenir Rossell y su compañera, me fueron dando pautas que me fueron muy útiles.

En realidad, cuando creamos la editorial —éramos doce— lo hicimos con una concepción bastante romántica, vamos a decirlo así, y teníamos muy claros los aspectos positivos que podía tener esa cruzada por la difusión del libro uruguayo a la que nos largábamos, que lo era también en buena medida por la difusión de nuestras ideas latinoamericanistas, que especificábamos en las solapas de nuestros primeros títulos. No teníamos nada claro, en cambio, las dificultades y los trabajos que nos esperaban. El tema de la corrección, por cierto, no fue uno de los menores y con él nos topamos de buenas a primeras. Lo fuimos resolviendo por el conocido método de acierto y error. No teníamos recursos para pagar un corrector de libros, pero tampoco abundaban por ese entonces, si es que los había, correctores mínimamente profesionales y si mirábamos las ediciones de Claudio García, por ejemplo, no se caracterizaban por su pulcritud. Empezamos con una solución casi demencial: éramos doce, como ya lo dije, y se nos ocurrió formar tres o cuatro parejas de correctores: uno leía el original en voz alta y el otro iba corrigiendo el texto. Los resultados fueron funestos y hubieran llegado a catastróficos si no hubiera salido al descubierto, en esas circunstancias, mi maniática preocupación por todo lo que hacían los demás, que me llevó, sin que nadie me lo pidiera, a hacer una última lectura y corrección de todos los textos. Y es curioso: ahora me doy cuenta, haciendo estas reflexiones, de que, en buena medida, en aquel grupo de origen y concepción bastante anarca que era Banda Oriental, yo terminé siendo su director porque

primero fui, sin que nadie me designara para esa tarea ni yo mismo tuviera conciencia plena de ello, su corrector. Como quien dice: toda la responsabilidad –o, si alguno gusta, todo el poder– al que empezó a tener en sus manos la responsabilidad del cuidado de los libros antes de entrar en prensa.

Por supuesto que mi formación en los cursos de literatura del IPA contribuyó en buena medida a todo eso, y así se fue forjando a través de medio siglo mi oficio de corrector, si ustedes quieren un tanto clandestino, porque siempre estuvo en primer plano mi condición de director de la editorial.

Supongo que, en la brevedad pedida para estas tres intervenciones, no me corresponde entrar en detalles que podrían resultar plomizos, pero tal vez ciertos hechos puntuales, si se quiere anecdóticos, puedan ir dando una idea de algunos de mis avatares en la tarea de corrección. Sin duda que uno de sus aspectos más delicados es el de la relación corrector-autor. No es nada sencilla, porque en ese tema se dan todos los extremos: desde el autor que se desentiende por completo de su texto una vez que entrega los originales y no quiere ni mirar las pruebas, hasta el súper minucioso, que se puede poner a discutir hasta los puntos y las comas. Entre ambos extremos, todas las gradaciones posibles, que a veces requieren del corrector una particular perspicacia psicológica, si no quiere pisar en falso. Por otra parte, es fácil comprender que no es lo mismo tener entre las manos el texto de un historiador, un novelista, un poeta, un sociólogo o un científico. Hay que tener muy claro, con cada uno, hasta donde se debe ir, pero no vamos a entrar en semejantes laberintos.

Me voy a limitar al respecto a contarles una anécdota y a leerles un texto de un autor y amigo muy querido, que estuvo integrado hasta su muerte a la mejor historia de Banda Oriental. Es algo que tenía olvidado y me volvió a la memoria de pura casualidad, cuando estaba pensando de qué diablos iba a hablar hoy, a raíz de un comentario que me hizo una compañera de la editorial a propósito del uso y abuso del pronombre enclítico en el siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX. Me vino a la memoria entonces un inesperado encontronazo que tuve, hace como 35 años si los cálculos no me fallan, con Alfredo Castellanos: profesor, historiador, último director del IPA antes de ser intervenido por la dictadura y uno de los amigos más maravillosos que pisó la editorial. También era autor, por supuesto, y cuando hoy leo la “cartilla” que me envió me doy cuenta de que no debí haber calculado bien hasta donde podían llegar mis prerrogativas de corrector, en este caso. Es de señalar la fineza del gesto de enviarnos esa cartilla en quien iba prácticamente todas las semanas por la editorial, y siguió yendo. Pero cuando inopinadamente se puede desempolvar un documento así, lo mejor es leerlo:

**Cartilla a mi severo corrector**

- 1) La rectificación indiscriminada del sufijo “se”, forma reflexiva del pronombre personal de 3ª. persona, como partícula enclítica pospuesta al verbo, aparte de su impropiedad es una desconsideración para con el estilo o modo de escribir del autor.  
Según “autoridades” consultadas dicha forma de empleo es absolutamente apropiada cuando la acción se refiere a personas (no a cosas); así es totalmente correcto decir que Fulano de Tal alistóse en filas del ejército cual, púsose en marcha con él, hallóse en tal batalla, vióse envuelto en la derrota, retiróse, etc. etc. (Claro está que no todas estas formas en una misma frase, que aquí se compone a vía de ejemplo...).

En cambio es incorrecto decir: desatóse una tormenta, desplomóse el techo, disparóse el caballo, etc., etc. El autor incurrió, efectivamente, en este último error, pero su meticuloso corrector incurrió más frecuentemente en el primero en su empeño por cambiar indiscriminadamente todas aquellas formas gramaticales. (Menudo trabajo habría tenido, salvas las distancias, si hubiera debido corregir las “pruebas” del Quijote...).

- 2) No se justifican ni tampoco se explican los cambios hechos por el corrector de “además” por “a más” (pág. 29), “injerencia” por “ingerencia” (pág. 39) y “excusa” por “excusación” (pág. 99), siendo en este último caso más apropiada la forma original que la sustitutiva...
- 3) Tampoco se explican ni justifican la supresión de los párrafos finales relativos a las muertes de Lavalleja y de Rivera (pág. 1), imágenes literarias ni mejores ni peores que algunas leídas en otros textos de esta colección...  
El autor no se paga de ellas, pero considera que debieron ser mantenidas por respeto a su “estilo” (¿), no siendo ni chabacanas, ni cursis ni inapropiadas “literariamente”.  
Lo mismo puede decirse de la supresión del símil del cónsul romano Fabio (pág. 47), ¿acaso por exceso de erudición para con el lector “liso y llano”...?
- 4) Respecto a la supresión del cuento “El primer suplicio” de Acevedo Díaz, sin compartir las razones que le fueron dadas para ello, el autor reconoce su error en el título (que tenía fichado correctamente), y está dispuesto a pagar la apuesta perdida de una “vuelta” de grapa para todo el clan ejecutivo de Banda Oriental.

A.C.

Para terminar, porque el tiempo apremia, me voy a limitar a hacer algunas consideraciones sobre una clase particular de problemas que se le pueden plantear al corrector. Me refiero a las traducciones. Tenía anotados por aquí cuatro o cinco casos entre los muchos con los que me topé, pero solo voy a hacer algunas consideraciones generales y a poner un ejemplo. Una conclusión a la que he llegado es que el hecho de que la traducción aparezca con firma y apellido del traductor y respaldada por una editorial prestigiosa no ofrece ninguna garantía. No me refiero al caso de textos torpemente escritos pero razonablemente fieles, o al caso contrario, muy bien escritos pero irrespetuosos de la literalidad, sino a errores garrafales, que muchas veces saltan a la vista sin necesidad de leer el original. Para ponerlos “en situación” y terminar rápidamente, les voy a contar un caso que se me planteó hace dos o tres años.

Cuando publiqué en la colección Lectores de Banda Oriental una selección de textos de Washington Irving (W.I.: *Rip Van Winkle* y otras leyendas de la antigua Nueva York, Montevideo, junio de 2009) me encontré con una vieja traducción de “Rip Van Winkle” y de “La leyenda del valle encantado”, publicada en el año 1920, en Nueva York, por Doubleday, Page & Company. El nombre de la traductora, cuando pensé en aquella época de traductores españoles más bien ampulosos, no era tranquilizador: doña Carmen Torres Calderón de Pinillos. Sin embargo, al cotejar su traducción con el texto inglés, la versión resultó muy fiel y fluida, más allá de algún esporádico término envejecido, propio de la época, fácilmente corregible. Pero de pronto me acordé de que disponía de una versión mucho más moderna: la publicada por Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, en una *Antología del cuento norteamericano* seleccionada y prologada por el gran novelista Richard Ford y presentada por Carlos Fuentes. Es un tomo de casi 1300 páginas con excelente encuadernación, tapa dura, papel biblia (o algo similar), publicado en el año 2001. Una joyita de la biblioteca. Miré el nombre del traductor, a quien no vale la pena nombrar si es que existe, y cuando me puse a leerlo caí de inmediato en la cuenta de que era el mismo texto de doña Carmen, párrafo a párrafo, sin la menor variante sintáctica y con algunas esporádicas correcciones de vocablos. El tomo lo sigo considerando una joyita –después de todo, la traducción era buena– pero no deja de inquietarme cuando pienso en cuál puede ser el origen de las más de 60 traducciones que contiene.